

LOS MILAGROS DE JESÚS: SEMILLAS O ANTICIPO DEL REINO

P. Rafael Serrano, f.m.i.*

Abstract:

Far from what many Christian communities might believe Christ did not come to the world to perform miracles, his duty was to pray for a change-over and start the coming of the Kingdom of God. In fact, according to Biblical tradition miracles are worthless by themselves but in revealing God's will and submitting oneself to the law. Miracles worked by God become to the liberation's New Word given to the poor. The wonders are the sign for the coming of the Kingdom, a realm that gets into dialectical movement but not as yet. With his performance, Jesus reveals us the Kingdom of God as a true realized fact when He comes back... With His symbolic Works Jesus has not make disappear evil from the world. But indeed has He indicated a clear path to hold faith in salvation and our behaviour: surprising and softening of all human misery, sickness, hunger, ignorance, and all of cruelty. All of this becomes the permanent and most important task for the humankind to humankind.

* El P. **Rafael Enrique Serrano Morán**, f.m.i. es venezolano nacido en Maracaibo el 6 de Junio de 1963. En 1991 obtuvo el título de Licenciado en Filosofía, mención Educación, en la Universidad Católica "Cecilio Acosta" de Maracaibo. En ese momento ingresó a la Congregación de los Hijos de María Inmaculada. En 1993, ingresó al Instituto de Teología para Religiosos (ITER) en Caracas, donde obtuvo el Baccalaureatum en Teología por la Universidad Pontificia Salesiana de Roma (UPS). En 1999 obtuvo el Título de Licenciado en Teología Dogmática en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Desde entonces se ha desempeñado como profesor de Teoría del Conocimiento, de Síntesis Filosófica, de Cristología, de Eclesiología, de Mariología, de Introducción a la Teología, de Introducción al Método Teológico y de Síntesis Teológica en las Secciones de Filosofía y de Teología del ITER, Facultad de Teología de la Universidad Católica "Andrés Bello" de Caracas (UCAB). Desde el 2005 y hasta la actualidad es el Director del CEDITER y profesor de Introducción al Misterio de Cristo en el ITER. Su correo electrónico es: serrano.rafael@gmail.com

Los milagros de Jesús: semillas o anticipo del Reino

Key words: *Miracles, Sacred signs, Kingdom of God: Christ's message main subject, His anticipation. His realization in the universal realm to come*

I.- A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Antes de dar inicio a nuestras reflexiones, ubiquemos espacio-temporalmente el tema a abordar: Los gestos prodigiosos de Jesús, o milagros, se colocan en un ambiente cargado de esperanzas religiosas, mantenidas por la gran tradición bíblica que alimentó los anhelos de una intervención liberadora de Dios en la historia de su pueblo. El acontecimiento fundamental del éxodo, releído en tiempos del destierro, sigue siendo el modelo de la acción liberadora de Dios para el tiempo mesiánico y final. Los “signos” o prodigios realizados por Dios por medio de su profeta Moisés son paradigmáticos: cuando venga el Mesías repetirá lo mismo que hizo el primer liberador. Un eco de esta esperanza de signos espectaculares y que sirven para legitimar al enviado de Dios en los últimos tiempos se percibe también en las advertencias que encierra el discurso dirigido a los cristianos que viven en la perspectiva del fin del mundo y de la venida del Señor: *Surgirán falsos cristos y falsos profetas y realizarán señales y prodigios con el propósito de engañar, si fuese posible, a los elegidos* (Mc 13, 22; cfr. Mt 24, 5.11.24). Ante la multiplicación de los panes, la gente exclama: *Éste es sin duda el profeta que iba a venir al mundo* (Jn 6, 14).

Pero frente a estas esperanzas que saben explotar algunos agitadores y cabecillas por motivaciones político-religiosas, reacciona el ambiente de las autoridades que apelan a la tradición legal y a las instituciones oficiales: los fariseos y los saduceos. No puede ser una casualidad el hecho de que los milagros tengan tan poca importancia en la tradición rabínica. Esta es una prueba más del escaso crédito que tiene el milagro entre el judaísmo oficial. En todo caso, los milagros –a partir de los de la tradición bíblica– no tienen valor en sí mismos, sino como revelación de la presencia y de la acción benéfica de Dios y como una llamada del mismo a la observancia de la Ley. Es precisamente la fidelidad escrupulosa a la Ley lo que constituye el criterio de discernimiento de los milagros. De aquí que surja la sospecha y la acusación de magia y de idolatría frente a aquellos taumaturgos que enseñan cosas nuevas y que apartan al pueblo de la observancia de la Ley. Con este trasfondo resulta también comprensible la reacción desconfiada de los responsables

judíos frente a los gestos prodigiosos de Jesús y su acusación de que tiene que ver con “magia” (Mc 3, 22 par).

II.- RECEPCIÓN DE LOS MILAGROS DE JESÚS

En los ambientes populares de Galilea, en donde Jesús desarrolla su actividad más o menos itinerante, tomando como punto central a Cafarnaún, los hechos prodigiosos son esperados y buscados por la gente como signos de benevolencia divina y de autenticación religiosa. Pero, es éste también el ambiente en que los líderes de la oposición a la dinastía herodiana y a la ocupación romana de Palestina encuentran a sus seguidores. En este horizonte debe interpretarse la actitud de Jesús taumaturgo. Es un hecho sintomático el que gran parte de los milagros evangélicos estén ambientados en Galilea, en la zona del lago, aunque haya excepciones. Pero en todo caso los gestos taumatúrgicos de Jesús suscitan la reacción de dos ambientes: el popular, favorable y entusiasta, y el de los representantes autorizados del judaísmo tradicional e institucional que se muestran recelosos y hostiles. La ambivalencia de los gestos poderosos de Jesús en favor de los enfermos y de las personas necesitadas guarda relación con esta doble actitud: fanatismo popular con tintes nacionalistas y sospecha de herejía y de magia entre los defensores de la tradición y de la ortodoxia. Pero, la línea seguida por Jesús, en sintonía con su acción profética y religiosa es la proclamación del “Reino de Dios”, y esto se vislumbra en sus palabras y en sus tomas de posición, tanto frente a las exigencias populares como frente a las insinuaciones de los dirigentes judíos.

Jesús se sustrae con decisión y con firmeza a las exigencias populares a las que les gustaría congelarlo en el papel de taumaturgo para curar sus enfermos y asistirlos en sus necesidades. Podemos constatar con facilidad que normalmente Jesús no toma la iniciativa de la curación, sino que interviene para responder a la petición de la persona enferma o de sus parientes. Él justifica esta obra de curación de los cuerpos insertándola en su proyecto de predicación del Reino de Dios en favor de los pobres. Los que se sienten heridos en su propia carne, privados de su integridad física y también a menudo de su dignidad humana, entran en esta categoría de “pobres” a los que está destinado el Reino de Dios. Lo mismo que el médico va a buscar a los que se encuentran enfermos (Mc 2, 17), lo mismo que el pastor va a buscar

Los milagros de Jesús: semillas o anticipo del Reino

a la oveja que se ha extraviado, así también Jesús se ocupa de los menesterosos, tanto si son realmente pecadores como si han sido marginados por su condición física o social.

Tenemos así que los milagros realizados por Jesús corresponden a la "Buena Noticia" de liberación dada a los pobres (Mt 11, 4-5 = Lc 7, 22-23; cfr. Is 29, 18-19); ellos son signos de la irrupción del Reino de Dios. Este es el parecer común de muchos de los autores que abordan esta temática: los milagros de Jesús son signos de la irrupción del Reino, son liberación para los pobres, son "semillas o anticipo del Reino". Luego, como es normal de acuerdo al contexto espacio-temporal en el cual se produce su teología, cada autor tiene sus variantes. Por ejemplo, Rudolf Schnackenburg (autor clásico en el tema) no desarrolla la cuestión político-social de los milagros para acentuar una escatología de futuro: el Reino, como juicio y salvación, se cumplirá sólo en el futuro. De los pobres, los oprimidos, y despreciados será el "futuro" Reino de Dios... Aunque cabe aclarar que este autor no niega cierto tipo de actualidad de dicho Reino en el presente, sólo que no desarrolla este aspecto. Todo lo contrario sucede con los autores de la teología de la liberación; éstos no niegan que el Reino se plenificará en el futuro, mejor aún, lo afirman; pero se esfuerzan por descubrir las semillas del mismo en el presente para hacerlas germinar y crecer en beneficio del pueblo sufriente del tercer y cuarto mundos. De este modo, así como los milagros de Jesús fueron en su tiempo "Esperanza para el Mundo" (Martín Descalzo), estos autores luchan para que los mismos sean en el presente un incentivo en el caminar de tanta gente sin lugar en nuestra sociedad. Los milagros de Jesús deben constituirse hoy como ayer en "Clamores del Reino" (Jon Sobrino) que muestren una "Escatología Realizada" (Leonardo Boff). Repetimos, ni Descalzo, ni Sobrino ni Boff (entre otros), niegan la escatología de futuro, sólo que acentúan más la de presente, como una necesidad en beneficio de los más pobres y oprimidos. Creemos que ambas perspectivas deben ser consideradas; una no puede eclipsar a la otra; sólo así seremos fieles a la Escritura donde ambas se complementan y no se excluyen.

Ante nuestro objetivo de recuperar los milagros de Jesús, de darle su justo valor (en cuanto realidad, significado y alcance), encontramos que tanto autores clásicos (Schnackenburg) como otros muy contemporáneos y contextualizados (Descalzo, Sobrino y Boff) les dan amplia cabida en sus reflexiones teológicas. En definitiva, una gran variedad de autores consultados están de acuerdo en que los signos y la predicación de Jesús, el cumplimiento

de las profecías, la evangelización de los pobres, la consolación de los afligidos, etc., son la figura concreta de la salvación mesiánica y la realización de las promesas de Dios. En las obras de Jesús en general, y en sus milagros en particular, podemos leer la convergencia de estos hilos de mesianismo: la presencia de Dios en la fuerza del Espíritu, la victoria contra el mal y la muerte, el cambio de situación de los pobres y desvalidos, el perdón de los pecados, la remodelación de las conciencias, en una palabra: la inauguración del Reino de Dios. El pueblo que estaba *en ansiosa expectación* (Lc 3, 15), los justos que esperaban *la consolación de Israel* (Lc 2, 25) y *la liberación de Jerusalén* (Lc 2, 38) no se equivocaron: ellos entendieron que el Reino de Dios se hacía presente en la persona y en las palabras-obras de Jesús. Pero hoy muchas situaciones contradicen este Reino por Jesús inaugurado: pobreza galopante, injusticias, matanzas... Sabemos que Jesús no cumplió todas las promesas mesiánicas: el Reino de Dios nos fue dado en germen y no en frutos plenamente realizados. No llega en forma grandiosa y espectacular a punto de obligar al mundo entero a reconocerlo. Se propone, no se impone. Se inserta realmente en la historia, pero al paso de esta historia, para acompañarla y transformarla, no para suplantarla y absorberla.

Los judíos se imaginaban que el Reino iba a aparecer *al instante* (Lc 19, 11). Ya los apóstoles preveían buenos puestos para ellos (Mc 10, 35-40), y contemplaban el castigo de los opositores por el fuego (Lc 9, 51-55). No sin trabajo, Jesús tuvo que modificar sus concepciones: no había venido para reinar sino para servir; no estaba en el mundo para condenar el mundo sino para que el mundo fuera salvado por Él (cfr. Jn 3, 17). En presencia de este Mesías cuyas palabras y obras estaban abriendo un campo de posibilidades infinitas pero que se limitaba a trazar el camino estrecho de la conversión, a fin de que los hombres emprendieran ellos mismos la marcha al Reino, hacía falta que los judíos revisaran su mesianismo. Su nacionalismo triunfalista, su deseo de un orden definitivo establecido a las claras por Dios, su convicción de que la presencia de Dios y de su Mesías iba a traducirse en una remodelación acabada de la tierra en beneficio de los creyentes..., todo aquel arsenal de mesianismo temporal tuvo que ser reinterpretado nuevamente, y debe ser tarea continua para la teología actual: evaluar y promover una justa relación entre el núcleo central del mesianismo asumido por Jesús y ese sorteo de bienes que acompaña y señala su presencia.

III.- EL “YA, PERO TODAVÍA NO”, DEL REINO EN LOS MILAGROS DE JESÚS

Jesús rompió en dos la escatología judía. Habla del Reino de Dios como una realidad presente, y al mismo tiempo como una realidad futura. El Reino está acá y sin embargo no está todavía. Nos está dado: *No temas, pequeño rebaño, porque su Padre se ha complacido en darles el Reino* (Lc 12, 32), está en medio de nosotros (Lc 17, 20-21), pero lo seguimos esperando como nuestro pan de cada día y el don resplandeciente del Padre a los que sean de Cristo cuando Él venga (Mt 13, 43; 16, 27; 25, 34; 1Cor 15, 20-28). En el tiempo vivimos la primera etapa; la vuelta de Cristo al fin de los tiempos inaugurará la segunda. Así como la razón de ser de una semilla es el árbol y los frutos en los que se convertirá, el Reino actual se explica por su realización final gloriosa. El mesianismo no deja de crecer en la historia, en tensión hacia la plenitud escatológica. El fin es la causa principal con respecto a la cual cobra sentido y valor, se ajusta todo el proceso que en función de ella se desarrolla.

Con respecto al Reino de Dios, no estamos en mera expectativa, porque la “*piedra angular*” (Mt 21, 42) del mundo nuevo ha sido puesta ya, y es Cristo resucitado, el mismo que con sus milagros nos hizo pregustar las delicias del Reino, liberando a los poseídos, sanando a los enfermos, resucitando a los muertos, reincorporando en la sociedad a los excluidos, perdonando a los pecadores. Si los milagros merecen el nombre de momentos fuertes del mesianismo de Jesús, por una parte, y si Jesús quiso que la esperanza mesiánica de su pueblo encauzara hasta su segunda venida todo el flujo de la historia, por otra parte, podemos decir, en rigor, que los milagros de Jesús inician el camino de la acción cristiana en la historia, hasta que Él vuelva.

Sabemos que los milagros de Jesús no responden a la expectación de los judíos, que piden signos apocalípticos y grandiosos: *Se presentaron los fariseos y comenzaron a discutir con él, pidiéndole una señal del cielo, con el fin de ponerle a prueba. Dando un profundo gemido desde lo íntimo de su ser, dice: ¿Por qué esta generación pide una señal? Yo les aseguro: no se dará a esta generación ninguna señal* (Mc 8, 11-12). Tampoco los realiza en beneficio de sí mismo y no pretende facilitar su tarea o prestigiar su persona. Nunca tienen intención punitiva, como frecuentemente en los rabinos. Ni pretenden satisfacer la mera curiosidad de la gente. Al contrario, se desarrollan siempre en un clima religioso y se narran de forma sencilla y escueta. Todos

estos detalles hacen que los milagros de Jesús –reconociendo su parentesco innegable con los de los judíos y con los del mundo griego, como pertenecientes a un mismo género literario– tengan, sin embargo, una personalidad propia. Las narraciones de milagros expresan que Jesús no sólo habla, sino que también actúa. Que no es un mero teórico, sino el iniciador de un nuevo estilo de vida. Que el Evangelio no es sólo un mensaje, sino también una praxis (que no es reducible o identificable con normas). Jesús anuncia el Reino de Dios (Mc 1, 15) e inmediatamente inaugura la praxis mesiánica (Mc 1, 21-3, 12). Algo cualitativamente nuevo irrumpe desde el futuro que desencadena una transformación en el viejo mundo del presente. En este contexto, los milagros de Jesús se constituyen en la esperanza del mundo, en el “anticipo del Reino”. Los profetas de la Biblia aclaran y expresan por medio de su actuación el sentido de sus palabras. Así también Jesús. Sus milagros son la señal de que el Reino de Dios efectivamente está llegando: *Si yo arrojo al demonio con el Espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a ustedes el Reino de Dios* (Mt 12, 27). Sólo a la luz de su palabra adquieren las acciones carismáticas su significación precisa. La praxis de Jesús es la prefiguración simbólica del Reino de Dios: los ciegos, los cojos... todos los oprimidos conocerán la plenitud y la liberación (Mt 11, 5; Lc 7, 22-23). El Nuevo Testamento –al contrario de lo que ha sido muchas veces la perspectiva de la teología moderna– no se preocupa de la “miraculosidad” de los milagros, sino de su valor significativo, hasta el punto de que no usa ni una sola vez el término griego de milagro (*thauma*), sino el de signo (*semeia*) o el de actos de poder (*dynamis*).

IV.- LOS MILAGROS: MODELOS DE ACCIÓN PARA LOS HOMBRES

Los milagros de Jesús nunca son acciones caprichosas o artificiales (como cuentan las leyendas de diversos personajes), sino que significan la perfección de la creación, la salvación de la realidad como realidad. El Reino de Dios es el porvenir del mundo, la salvación de la creación. Y la praxis de Jesús, expresada simbólicamente a través de los milagros, muestra, por tanto, la esperanza del mundo. Pero, en ese mundo existe una criatura que fue creada a su imagen y semejanza, el hombre. Por eso, creemos que se pueda afirmar que la causa de Dios en el mundo –su Reino– es la causa del hombre. La praxis de Jesús, la praxis nueva del Reino de Dios, es un servicio a los hombres. Jesús tiene lástima de la muchedumbre que no tiene qué comer (Mc

Los milagros de Jesús: semillas o anticipo del Reino

8, 2), se conmueve ante el dolor de una viuda que ha perdido a su hijo único (Lc 7, 13), llora por la muerte de un amigo (Jn 11, 33), tiene compasión de los enfermos y de los endemoniados... En la actitud de Jesús lo que está en el primer plano es sencillamente lo humano mismo, la salvación del hombre. De ahí resulta la significación de los milagros para hoy en día. Con sus acciones simbólicas Jesús no ha hecho desaparecer del mundo toda desgracia y todo mal. Pero ha indicado claramente una dirección válida para la fe en la salvación y para nuestra praxis en consecuencia: la mitigación y supresión de toda miseria humana, de la enfermedad, del hambre, de la ignorancia, de la inhumanidad de todo tipo. Todo esto constituye la permanente y más importante tarea del hombre para el hombre. Tarea que nos fue asignada por el "Hombre" por antonomasia, Jesús el Cristo. Sus milagros son modelos de acción para nosotros.

La presencia de estos signos en el umbral del Reino es tanto más notable cuanto que significan, a partir del don de la vida nueva, o para conducir a ella, la salvación integral de los hombres. Los milagros son la prueba –contra toda reducción del cristianismo al campo espiritual– de que la gracia de Dios ha de difundirse en la creación entera a fin de liberarla y alegrarla. Dan la pauta del cristianismo como acción transformadora y anunciadora de plenitud final. Los milagros representan, en el tiempo y en el espacio de Jesús, la muestra, la exigencia y la garantía del éxito final. Dentro de nuestro mundo inclinado hacia la muerte, ellos son energía de Resurrección y germen de victoria (Semillas o anticipo de Reino). La gloria de Dios invadirá un día nuestra tierra.

Jesús vino a dar el impulso inicial. Lo que Él no hizo, lo tenemos que hacer nosotros. Nos corresponde llevar a cabo las promesas mesiánicas. Podemos interpretar la negativa de Jesús a asumir un rol político de envergadura (huye cuando quieren hacerlo rey) como una transferencia de responsabilidades. Recalquemos que si Jesús hubiese establecido inmediatamente el Reino en la plenitud de sus efectos, no habría dejado lugar al actuar humano; la historia hubiera sido ya clausurada. Si, a pesar de todo, nuestra presencia hubiese sido posible todavía, nuestra participación en la salvación habría sido nula. Tanto la liberación como el Reino nos habrían sido regalados sin comportar un mínimo de compromiso de nuestra parte y, recordemos, que la liberación y el Reino son don, pero también tarea (cfr. Sobrino). Una tarea en favor del hombre, porque como decíamos antes, hay una fuerte carga humana en las obras de Cristo (además de su carga trascendente). Pero, ¿cómo explicar esta densidad humana que tienen los milagros?

El milagro, como todo signo (y más aún como toda realidad simbólica dentro de un sistema de comunicación) tiene un doble valor inteligible. Es primero una obra realizada por Cristo, con un resultado manifiesto perceptible. Es algo real, objetivo, que se puede comprobar: la hemorroísa queda curada, el endemoniado queda liberado del mal y en su sano juicio, la hija de Jairo vuelve a la vida, los oprimidos son liberados... Sobre este valor ontológico e inteligible básico, se fundamenta la inteligibilidad segunda del signo, es decir su cualidad más específica de signo que consiste en llevar al hombre hasta otra realidad –u otra profundidad de la misma– que indica o designa a su conocimiento: esto es un significado trascendente más allá de su materialidad. En este segundo plano estamos hablando de la luz de la fe, de la reestructuración interna del hombre, del pan de la vida, del don de una nueva vida, en una palabra, del Reino de Dios del cual los milagros son semillas...

El milagro desempeña su papel propio de signo merced a su consistencia e inteligibilidad de base. Un signo se lee, se descifra. Con nada no se podría significar nada. Lo que permite ir hasta el significado es la realidad sensible primera del signo que irrumpe en el campo de nuestra experiencia. Ya a este nivel los milagros de Jesús son extraordinarios y prodigiosos: su misma riqueza fundamenta su aptitud para hacer conocer la otra dimensión del Reino a la que conducen en segunda instancia. Consideremos pues con plena atención la densidad humana de los milagros de Cristo. No debemos pensar que los signos sirven únicamente para remitir a “otra cosa”, que ellos son puros intermediarios dirigidos hacia el Reino concebido como realidad extrínseca a los problemas vitales de los hombres: como si Cristo hubiera cargado con nuestras ansias de liberación, con el fin de manifestar la salvación eterna, sin que nuestras miserias actuales le hubiesen importado de veras. Al contrario, Jesús se interesa realmente por los hombres, por su integridad humana, por su felicidad y realización terrestre, por su liberación física, social, religiosa, económica, política. Nos ama como hombres y mujeres de esta tierra en el sentido pleno de la palabra. Los actos de liberación de Cristo forman parte del Reino, son su realización primordial. Los signos se dan a ras de la condición humana (que se ve en Cristo enaltecida), a ras de la historia humana (en Él divinizada): son los signos de los tiempos, necesarios para significar el Reino. Si los signos no se dan, el Reino no se puede revelar y los hombres no pueden creer. La fe consiste en descifrar el designio de Dios a través de los signos de liberación. Los cristianos somos testigos del Reino en nuestro afán por la liberación total de los hombres. Jesús no manifiesta la trascendencia del

Los milagros de Jesús: semillas o anticipo del Reino

Reino sin darle primero por sus obras –los bienes mesiánicos o milagros– una hechura inmanente a la historia.

Tratar con ligereza los milagros de Jesús en cuanto acciones eficientes en beneficio de los hombres agotados por toda especie de enfermedad, opresión, esclavitud, es no hacerle mucho caso a la humanidad del mismo Dios. Es imposible que obras vacías, sin sustancia humana, puedan ser portadoras del misterio de la salvación precisamente “humana”. Toda teología o espiritualidad que tienda a infravalorar el mundo y la historia, tendría que preguntarse con qué realidades Cristo introdujo los hombres al Reino del Espíritu. En efecto, si bien es cierto que la entrada de los hombres en el Reino es de estructura pascual –muerte al pecado y resurrección para una vida nueva– los signos portadores de la fe son de construcción semejante, pero en el campo del acontecer histórico: desalienación de la humanidad cautiva por destrucción de sus males y cadenas, y conquista de la integridad humana.

Si al hacer teología sobre los milagros de Jesús no se puede olvidar la densidad humana de las obras del Señor, tampoco se puede descuidar el significado trascendente de dichas obras. Los milagros de Jesús deben establecer una comunicación entre los hombres y la realidad trascendente de su llamado al Reino. Aquí, a diferencia de lo que acabamos de decir antes, los milagros deben ser atravesados y rebasados porque están jugando a fondo su papel de signos. Aunque este enfoque se encuentre en los Evangelios sinópticos, pertenece más esencialmente a Juan. El milagro representa otra realidad que la que se ofrece inmediatamente al hombre psíquico. La percepción racional y positivista de la realidad no agota su contenido ni su sentido. Hay que ir más allá de esta realidad, descifrar su sentido más o menos escondido, captar el llamado que Cristo nos lanza a través de ella. Esta diligencia, este paso, inducidos por la naturaleza extraordinaria de la obra cumplida, es precisamente la entrada en el mundo de la fe. El creyente se deja conducir hasta la realidad trascendente que el signo anuncia, expresándola ya de manera incipiente en el mundo sensible. Las curaciones de los enfermos, los exorcismos y las resurrecciones de los muertos significan la victoria de Cristo sobre el mal interior al hombre, origen de tantos males que dañan la vida; designan y comunican el perdón de Dios; patentizan su voluntad y poder de reestructurar la vida entera en el sentido de la liberación de los oprimidos y la consolación de los afligidos; nos comprometen en la lucha contra el mal; ofrecen la vida rebosante de Dios en el Reino.

Atravesar los signos para ir hasta el significado se llama, en palabras de Jesús: *tener ojos para ver y oídos para oír*. Y este lenguaje se aplica tanto a las palabras de Jesús como a sus acciones (Mc 4, 23; Mt 13, 9; 13, 10-17; 13, 43; Lc 14, 35). El hombre, según su ser entero, sentidos, inteligencia, cuerpo-alma (Sal 16; 42-43; 63...) está hecho para captar el Reino de Dios y contemplar al Señor. Esta es la destinación que ha de alcanzar y la vocación que ha de cumplir, interpretando los signos que el mundo y la vida le proporcionan, siendo ellos mismos un conjunto grávido de signos, a través de los cuales Dios se revela y lo atrae. Los milagros de liberación realizados por Jesús y los signos liberadores que realizamos los hombres y las mujeres de hoy, los signos de los tiempos, la historia en trance de superación, nuestra propia vida, la Iglesia-sacramento de Cristo, el cosmos, nos conducen hasta nuestro fin de personalización absoluta en Dios. Los signos culminarán y se borrarán en el día de la manifestación definitiva que ellos anuncian.

V.- A MANERA DE CONCLUSIÓN

El paso necesario del signo al significado, todos no lo dan: la fe no está dada a todos; muchos hombres están tan abrumados y deshumanizados que ni siquiera pueden levantar los ojos; para otros en fin, es más cómodo moverse en el campo de las cosas naturales, ordinarias, de sus conveniencias (los habitantes de Gerasa, por ejemplo), que no aventurarse hacia las revelaciones escandalosas de Dios: *Feliz el hombre que no se sienta desilusionado después de haberme encontrado*, dijo Jesús a los discípulos de Juan después de haber multiplicado los signos o milagros (Lc 7, 23; cfr 2, 34-35). Los signos-milagros de liberación no conducen “automáticamente” a recibir y vivir la plena liberación en Cristo. Si bien existe una “continuidad” entre liberación intra-histórica y la liberación en Cristo –continuidad sobre la cual urge poner más énfasis mientras tanto existan hombres que sufren miseria y opresión– se da también una “discontinuidad” a la que corresponde precisamente el salto de la fe, la entrada en el Reino. El aparente fracaso mesiánico de Jesús se puede explicar por esta discontinuidad. Los milagros (signos de liberación y del Reino) llevan, pues, cierta ambigüedad, porque lo mismo que las parábolas no proporcionan una luz plena; los hombres pueden no prestar atención sino a su contenido material, a la faz dirigida hacia ellos y negar su orientación o valor sacramental-trascendente. Por eso Jesús nos advierte:

Los milagros de Jesús: semillas o anticipo del Reino

En verdad, en verdad les digo, no todos me buscan por los signos que han visto, sino por el pan que comieron hasta saciarse. Afánense, no por la comida de un día, sino por otra comida que permanece hasta la vida eterna: es la que les da el Hijo del Hombre, porque Dios Padre lo señaló con su sello (Jn 6, 26-27).

Los dos aspectos de los signos mesiánicos que acabamos de analizar (densidad humana y realidad trascendental de las obras de Cristo) no pueden ser separados el uno del otro. Las acentuaciones o preferencias son legítimas, pero no tenemos que optar por tal o cual línea de cumplimiento de la liberación-salvación, prescindiendo de la otra. Al contrario, hace falta captar la plenitud de los signos de Cristo y buscar su actualización en una labor de síntesis que otorgue a cada elemento su valor y peso en relación con el otro. Una vez asegurado el realismo que restituye al actuar liberador de Cristo su densidad humana completa, podemos afirmar (sin miedo a caer en un espiritualismo desencarnado y deshistoricizado) que, mediante el testimonio profético de la Iglesia, las liberaciones históricas que ya expresan una dimensión fundamental del Reino, están abiertas y ordenadas a significar su plenitud trascendente en Cristo.

Porque son intermediarios entre dos órdenes, insertos en la modelación de destinos temporales y tendiendo hacia una meta trascendente, los milagros de Jesús son signos portadores de una salvación total. Cristo, su autor, ¿no es el Verbo hecho carne que asume integralmente al hombre para liberarlo desde ya e inaugurar en él la vocación divina, en el seno de sus sufrimientos y luchas así como en los confines de sus vastos y profundos anhelos? ¿No es su Resurrección el mayor milagro, garantía para nuestra plena realización? Comprendiendo de este modo los milagros, podemos entender también por qué los hemos llamado “Semillas o anticipo del Reino”. Son semillas preñadas de gran potencialidad y de una esperanza que ya ha comenzado a realizarse, pero cuya plenificación y frutos definitivos no disfrutaremos sino en la parusía, son su anticipo. Sin embargo, compartimos la preocupación y postura de los teólogos de la liberación (al menos de los consultados para redactar este ensayo), quienes –ante el empobrecimiento de nuestros pueblos– nos invitan a re-inventar los milagros hoy, a colaborar en la liberación de nuestra gente pobre, enferma, desclasada y excluida. Se impone no eliminar, sino recuperar los milagros de Jesús, haciendo justicia a la naturaleza de los textos y a las exigencias de la razón humana, pues ellos son la práctica mesiánica de Jesús, una práctica revolucionaria porque se plantea desde la convicción de algo

cualitativamente nuevo, que hace saltar las cadenas de la injusticia, del mal, de los poderes opresores..., y ello expresado de forma simbólica y anticipada: Gran reto para la Iglesia Universal en general y para la Latinoamericana en particular.

Salió un sembrador a sembrar su semilla; y al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada y las aves del cielo se la comieron; otra cayó sobre piedra, y después de brotar, se secó, por no tener humedad; otra cayó en medio de abrojos, y creciendo con ellas los abrojos, la ahogaron. Y otra cayó en tierra buena, y creciendo dio fruto centuplicado... El que tenga oídos para oír, que oiga.

(Lc 8, 5-8)

BIBLIOGRAFÍA

- S. de Araujo [et al], *Il Vangelo di Marco*, Comentario Teologico del Nuovo Testamento, I Parte (Brescia 1980).
- Aletti, X. Léon-Dufour [et al], *I miracoli di Gesù secondo il Nuovo Testamento* (Brescia 1980).
- L. Boff, *El Padrenuestro, la Oración de la Liberación Integral* (Madrid 1982).
- , *Jesucristo el Liberador* (Santander, s.a.).
- J. Doré, *Les grands thèmes de la foi*, Dictionnaire de Théologie Chrétienne (Paris 1979).
- Fabris, *Jesús de Nazaret: Historia e interpretación* (Salamanca 1992).
- B. Forte, *Gesú di Nazareth, storia di Dio, Dio della storia* (Brescia 1982).
- L. González-Carvajal, *Los signos de los tiempos: el Reino de Dios está entre nosotros* (Santander 1987).
- J. I. González Faus, *Clamor del Reino. Estudio sobre los milagros de Jesús* (Salamanca 1982).
- , “¿Qué pensar de los milagros de Jesús?” en *Razón y Fe* 205 (Madrid 1982).

Los milagros de Jesús: semillas o anticipo del Reino

- W. Kasper, *Gesú il Cristo*, (Brescia 1989).
- Latourelle, *Milagros de Jesús y Teología del milagro* (Salamanca 1997).
- A. Maillot, *I Miracoli di Gesù* (Torino 1990).
- L. Martín Descalzo, *Vida y Misterio de Jesús de Nazaret*, Tomo II, (Salamanca, 1996).
- , *Razones para la Esperanza* (Salamanca 1984).
- Martorell, *Los milagros de Jesús* (Valencia 1980).
- Marcozzi, *I Miracoli di Gesù* (Assisi s.a).
- Mussner, *I Miracoli di Gesù* (Brescia 1969).
- J. Potin, *Jésus: l'histoire vraie* (Paris 1994).
- R. Passian, *I Miracoli di Gesù: prodigi divini o fenomeni paranormali?* (Milano 1983).
- Penndu, *Les miracles de Jésus, signes du monde nouveau* (Paris 1985).
- J. Sobrino, *Jesucristo Liberador, Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret* (Madrid 1993).
- B. Sesboüe, *Gesú Cristo, l'unico mediatore: saggio sulla redenzione e la salvezza* (Milano 1991).
- G. Segalla, "La cristologia soteriologica dei miracoli nei Sinottici" en *Teologia* 5 (Brescia 1980).
- I. Sibaldi, *I miracoli di Gesù e la tecnica dei miracoli nei vangeli canonici* (Milano 1989).
- Schnackenburg, *Signoria e Regno di Dio* (Bologna 1990).
- , *Aspetti attuali della teologia del Nuovo Testamento* (Torino 1972)
- J. Stricher, *Jésus et la femme hémorroïsse: Elle était soi-disant impure*, en "Plein Jour" (Paris 1998).